



APUNTES PARA UNA UNIVERSIDAD REFLEXIVA

Marcelo Martínez Keim

Normalmente cuando se nos pide que nos refiramos acerca de la universidad que queremos, y sobre cuál es el rol que debe cumplir en el Chile actual, lo primero que se nos viene a la conciencia es intentar abordar la solicitud desde definiciones doctrinarias e incluso normativas que, bajo el supuesto de tal o cual “modelo” de universidad, inevitablemente excluimos la presencia de sujetos históricos que establecen relaciones sociales en el marco de una organización también histórica.

De ahí que lo primero que debemos advertir sea que el rol de la universidad tiene que ver con la posición que ésta tiene en la sociedad, tanto en su organización como en su cultura. En todo caso, ponderar la posición de la universidad en abstracto, supone una serie de valores que están presentes o que se manifiestan de una u otra forma en nuestra sociedad a través de los sujetos que escriben sobre la universidad y la vivencian.

Justificaciones mediante, debemos afirmar que si recurrimos a la teoría de la sociedad y la historia ya no tan reciente, debemos reconocer que en la década del 60 la distinción doctrinaria vigente y por tanto histórica de la universidad, se movía entre los límites que ofrecía la distinción de dos modelos de universidad: Humboldtiana y Napoleónica. Detrás de dicha distinción y en ambos modelos, existía el supuesto de que la sociedad era un orden común al cual la universidad contribuía a su desarrollo, iluminándola.

Para los sostenedores del modelo germánico de universidad (Humboldtiana), el orden social era reflejo de una cultura esencial o *ethos* que compactaba la sociedad, dándole el carácter de comunidad. Además, fue esta noción de universidad la que contribuyó en cierta manera a sacralizar el ideal de universidad como comunidad de maestros y discípulos, actualizando las prácticas pedagógicas de las escuelas de Alejandría y Platónica.

Aunque a muchos podría parecerles una noción idílica de universidad, y más aún, extemporánea (ésta tuvo su máxima expresión en Alemania medieval), durante la modernidad y hasta nuestros días, la universidad alemana aún mantiene ciertos rasgos distintivos, por ejemplo, el hecho de que en los programas de doctorado, prácticamente no se dictan asignaturas, sino que se trabaja en torno a un proyecto de investigación que es acompañado por un catedrático durante su proceso de desarrollo, el cual según lo considere pertinente, puede enviar al postulante a tomar algunos cursos que pueden ser de utilidad para desarrollar ciertos ámbitos de la investigación que, por lo demás, se enmarcan dentro de un programa científico de la universidad. En cambio, en las universidades francesas o españolas (herederas del modelo napoleónico), actualmente los doctorandos tienen que cursar una serie de asignaturas o créditos preestablecidos que los habilitan para comenzar a desarrollar su trabajo de investigación.

En efecto, el otro gran modelo de universidad, el Napoleónico, al igual que el anterior, también fue parte del debate en torno al rol de la universidad en los años 60. Según sus defensores, la universidad tenía sentido a la luz del supuesto de que la organización de la sociedad estaba compactada por la actividad racional más que por la cultura y su *ethos*. El núcleo compactador era el Estado; y su espíritu, la Razón de Estado.

Este modelo le atribuía a la universidad el valor de iluminar desde el Estado la conformación de un orden común social. La universidad estaba encargada de la formación de profesionales que, a través de su conocimiento racional, debían contribuir al dominio de la naturaleza en beneficio del desarrollo del país y sus ciudadanos.

Considerando ambos modelos, creo que en Chile ha predominado la universidad napoleónica. En efecto, la universidad en Chile se fundó principalmente bajo la orientación de formar a la elite criolla que lideró el proceso de organización del Estado bajo los ideales de la ilustración y el positivismo modernista. De ahí que por casi todo el siglo XX, la mayoría de los discursos sobre la universidad en Chile, tuvieran que ver con cómo se contribuía desde esta institución al desarrollo del país, o cuál era su rol social, político y/o económico, lo que en gran medida orientó el debate y los conflictos que detonaron y acompañaron la reforma universitaria.

No obstante todo lo anterior, creo que la discusión actual acerca de la universidad y su misión, no podría darse en torno a los modelos humboldtiano o napoleónico. Más bien sostengo que si ambos modelos de universidad suponían la posibilidad de iluminar el orden común social, el propio desarrollo de la organización de la sociedad y la cultura contemporáneas ponen en tela de juicio los mismos supuestos que dieron consistencia histórica a un debate también histórico.

Destacado lo anterior, en la actualidad no existen conceptos de universidad que aludan a su rol en la sociedad, sino más bien terminologías funcionales que se circunscriben a la gestión económico-administrativa, por ejemplo universidades complejas v/s universidades simples. Las primeras, normalmente, desarrollan exclusivamente actividades docentes y corresponden, en su mayoría, a las universidades privadas sin Aporte Fiscal Directo; mientras que las segundas, serían aquellas que no sólo desarrollan docencia, sino también extensión e investigación, y serían tributarias de la tradición conceptual y doctrinaria anteriormente expuesta. Normalmente, se corresponden con las universidades públicas y privadas (tradicionales) que reciben Aporte Fiscal Directo.

En todo caso, esta nueva distinción entre universidades simples y complejas, asociadas a la gestión más que a un debate doctrinario acerca de lo que es la universidad y su rol en la sociedad, no es antojadiza. En efecto, como todo término orientador obedece a intereses enmarcados en un nuevo marco de relaciones sociales y a un nuevo tipo de organización de la sociedad y la cultura. ¿Quién habla ahora de universidad napoleónica o humboldtiana a riesgo de parecer políticamente incorrecto? Más bien lo políticamente correcto es referirse a universidad simple, universidad compleja, universidad privada o universidad pública, lo que a mi juicio hay que entender históricamente. En concreto, los criterios de gestión son las coordenadas predominantes y no se dan en abstracto, sino en el marco de un tipo de sociedad que hace posible la vigencia de estos criterios.

Al respecto, quisiera dar cuenta de una hipótesis que se está trabajando actualmente en el ámbito de las ciencias sociales y que, para el caso chileno, sostiene que estaríamos experimentando una suerte de asincronía entre subjetividad y modernización lo que impacta todos los ámbitos de la vida social incluida la universidad.

¿Qué significa asincronía entre subjetividad y modernización o si prefieren entre los sujetos y los sistemas sociales? Significa ni más ni menos, que las personas en su mayoría parecen no sentirse parte de la historia, sino que más bien expuestos a ella y sus efectos. Se

refiere a una historia que ya nadie controla. En el ámbito subjetivo, esta experiencia se traduce en incertidumbres para pagar, por ejemplo, el colegio de los hijos, la Isapre, el arriendo, etc. Incertidumbre que se alimenta de la sensación de que los sistemas sociales –principalmente la economía– se auto-gobiernan más allá de las posibilidades de intervención de las personas.

Este malestar que experimentan los sujetos tiende a traducirse en todas las expresiones institucionales –especialmente aquellas que son públicas–, en donde la universidad no escapa y que se condensa en expresiones de miedo y desconfianza interpersonal y hacia las autoridades institucionales.

Paralelamente, el Estado pareciera ahora no garantizar cohesión social, entre otras razones, porque ya no hace más a la sociedad sino que más bien es parte de ésta, traduciendo esta incertidumbre también en las universidades, especialmente en aspectos relacionados con el financiamiento de las instituciones públicas, lo que por lo general son desafíos administrativos y de gestión por auto-financiamiento.

Entonces, si el Estado ya no es más quien hace la sociedad, sino que pasa a ser parte de ésta, ya no es posible entender a la universidad chilena, al menos en su fase de legitimación según el tipo de organización social anterior y los modelos de universidad que tuvieron vigencia. En efecto, cuando surge la universidad en Chile, su misión consistió en formar a una elite que garantizara la organización del Estado, y por ende de un orden común social. De ahí que la universidad, era la punta de una pirámide que iluminaba ese orden común social. Pero ahora si ya el Estado no garantiza ese proceso de cohesión social, podríamos pensar que la universidad ha dejado también de iluminar la construcción de lo social y de lo público. Pareciera que la universidad ha venido perdiendo peso político, cultural, pasando a ser uno de los tantos artefactos de producción cultural, junto a la industria audiovisual, la Internet y otros. Es decir, la universidad pareciera ser uno de los tantos productores culturales que se transan en el mercado de los bienes simbólicos, a la vez de no contar con la exclusividad que gozaba en antaño.

Si aceptamos lo anterior, ¿debemos suponer que la misión y el rol de la universidad no son temas vigentes? Por ningún motivo. Desde mi punto de vista sigue vigente la pregunta por el rol de la universidad. Lo que pasa es que las respuestas deben buscarse en el nuevo escenario que se nos impone.

Al respecto, afirmo que si la universidad es una de las tantas industrias culturales, evidentemente tiene que actualizarse a las nuevas circunstancias. Y ¿qué significa esto? Desde mi punto de vista, asumir el rol de inducir reflexividad en ámbitos de la sociedad donde puede impactar, incluyendo la dimensión mediática.

Reflexividad remite a la auto-observación que permite sacar conclusiones (limitaciones y posibilidades) a partir de esta operación. Sin embargo, es un desafío difícil, básicamente porque cuando uno define lo bueno o lo malo, lamentablemente no puede asegurar de que aquella definición acerca de lo bueno o de lo malo, sea a su vez una buena definición respecto a una mala definición. Entonces, todos tenemos un punto ciego y cuando se opera en el mundo con ese punto ciego bajo convicciones ideológicas, se compra gratuitamente una crisis para el mañana.

A mi juicio, esto ha ocurrido en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Han convivido verdades fundamentales, la lógica de la negación del otro, “*si no*

estás conmigo es porque estás en mi contra”, etc. Y así no se hace universidad, y menos con capacidad de inducir reflexividad, porque la verdad siempre es una construcción intersubjetiva. Si la universidad no tiene reflexividad, será incapaz de generar el proyecto académico con y más allá del Proyecto de Formación Inicial Docente. Quizás esta situación queda muy bien reflejada en las palabras de un estudiante durante el largo conflicto que vivió la universidad, en el 2000, a saber: *“aquí quieren que nos pongamos en sintonía con la reforma y me hacen clases de constructivismo, pero conductistamente”*.